

EL IDIOMA ESPAÑOL DEL SIGLO XXI COMO COMUNIDAD VIVENCIAL

The Spanish Language of the 21st Century as a Living Community

Ángel López García-Molins
Catedrático emérito de Lingüística General de la Universidad
de Valencia (España)

Como muestra el mito de Babel, las lenguas siempre han representado un elemento de unión entre personas, pero en la modernidad su papel se ha reforzado hasta alcanzar la condición de fundamento de la sociedad. Sin embargo, hay tres patrones lingüísticos que permiten vincular a los miembros de un grupo social y los tres últimos siglos se caracterizan por el predominio sucesivo da cada uno de ellos. En el siglo XIX, al menos en Europa, la lengua se consideró el fundamento de la nación. En el siglo XX la lengua ha servido para establecer intereses económicos compartidos por grupos muy amplios de personas de casi todo el mundo. En el siglo XXI, al calor de las redes sociales posibilitadas por las nuevas tecnologías, hemos pasado a que la lengua sustente sobre todo comunidades vivenciales. En este trabajo se examinan las tres comunidades sucesivas del español, la nacional, la económica y la vivencial, y las razones por las que esta última ha conferido una identidad muy peculiar a la comunidad hispanohablante.

Palabras clave

Dialectología, mestizaje lingüístico, proyección panhispánica del español

As the myth of Babel illustrates, languages have always represented a unifying element among people, but in modern times their role has been reinforced to the point of becoming the foundation of society. However, there are three linguistic patterns that allow members of a social group to connect, and the last three centuries have been characterized by the successive predominance of each of them. In the 19th century, at least in Europe, language was considered the foundation of the nation. In the 20th century, language served to establish economic interests shared by very large groups of people from almost all over the world. In the 21st century, fueled by social networks enabled by new technologies, we have moved to a point where language primarily sustains living communities. This paper examines the three successive communities of Spanish, the national, the economic and the experiential, and the reasons why the latter has conferred a very peculiar identity on the Spanish-speaking community.

Keywords

National language, economic language, experiential language

Cómo citar este artículo: López García-Molins, Á. (2025). El idioma español del siglo XXI como comunidad vivencial. *TSN. Transatlantic Studies Network*, (19), 33-48. <https://doi.org/10.24310/tsn.19.2025.21623>. Financiación: este artículo no cuenta con financiación externa.



Esta obra está bajo licencia internacional Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0.

1. La lengua como base de la comunidad nacional

Un aserto que nadie discute es el de la estrecha relación que existe entre las lenguas y las naciones. Esto no deja de ser curioso si se piensa que dicho supuesto es rigurosamente decimonónico. En épocas anteriores al siglo XIX, los filósofos no se pronunciaban sobre esta cuestión. El primero que sostuvo la cuasidentidad de la lengua y la nación no solo formal, sino también operativa, fue Wilhelm von Humboldt en su obra *Über die Verschiedenheit des menschlichen Sprachbaues und ihren Einfluß auf die geistige Entwicklung des Menschengeschlechts* (Berlín, 1836, § 8):

Describir el lenguaje como obra del espíritu es una expresión completamente correcta y adecuada porque la existencia del espíritu solo puede pensarse en términos de actividad y como tal. La disección de su estructura, indispensable para su estudio, nos obliga incluso a considerarlos como un proceso que avanza por ciertos medios hacia ciertos fines, y en este sentido a verlos realmente como formaciones de naciones¹.

Sin embargo, sorprendentemente, estas ideas habían surgido en el siglo anterior en la obra de Lorenzo Hervás y Panduro, un jesuita español desterrado, como todos los de su orden, en 1767 que se instaló en Cesena y luego en Roma, rodeado de gramáticas y noticias de casi todas las lenguas del mundo proporcionadas por los misioneros expulsos de su congregación. Allí redactó una verdadera enciclopedia, en 21 volúmenes. El tomo XVII, en el que trata del lenguaje, volvió a aparecer muy aumentado entre 1801 y 1805 en Madrid con el título *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas*, en seis volúmenes. Y en él se afirma lo siguiente (I, 23):

El método y los medios que he tenido a la vista para formar la distinción, graduación y clasificación de las naciones que se nombran en la presente obra, y son casi todas las conocidas en el mundo, consisten principalmente en la observación de las palabras de sus respectivos lenguajes, y principalmente del artificio gramatical de ellas. Este artificio ha sido, en mi observación, el principal medio de que me he valido para conocer la

afinidad o diferencia de las lenguas conocidas y reducirlas a determinadas clases. El artificio particular con que, en cada lengua, se ordenan las palabras no depende de la invención humana y menos del capricho: él es propio de cada lengua, de la que forma el fondo. Las naciones, con la civilidad y con las ciencias, salen del estado de barbarie y se hacen más o menos civiles o sabias, mas nunca mudan el fondo del artificio gramatical de sus respectivas lenguas.

Humboldt aprovechó muchos de los datos de Hervás, sobre todo los de las lenguas indígenas americanas, y reconoció a regañadientes la deuda contraída con el jesuita. Sea como sea, no cito este párrafo en calidad de reivindicación patriótica de Hervás, sino para mostrar que no existe una única interpretación científica del binomio lengua-nación: la solución humboldtiana de la lengua como símbolo (y casi límite cognitivo) de la nación es solo una de las posibles. En el siglo ilustrado, esta hipótesis parecía una simpleza. Pero en el siglo siguiente, el XIX, llegó a convertirse en una verdad apodíctica. En medio había sucedido algo que tiene muy poco que ver con la ciencia: la Revolución francesa puso fin al Antiguo Régimen y las guerras napoleónicas que siguieron tuvieron el efecto de soliviantar a los pueblos invadidos, los cuales sintieron que su lengua constituía una defensa frente a las ideas universalistas que Napoleón pretendía imponer a cañonazos. El hundimiento del Imperio otomano terminaría por segmentar Europa a finales del siglo XIX y comienzos del XX sobre fundamentos lingüístico-nacionalistas. Sin este transfondo histórico, es poco probable que la lengua se hubiese identificado con la nación y, de hecho, durante milenarios la humanidad la asoció con la tribu, nunca con la ciudad o con el país. ¿Se imaginan un Imperio romano en el que solo se hubiera considerado ciudadanos a las personas cuya lengua materna fuera el latín? La mitad oriental no tenía el latín como lengua vehicular, sino el griego, y fue este idioma el que pervivió en Bizancio hasta 1453. En la Antigüedad la limitación lingüística de la nación solía significar su insignificancia política.

Aun así, son posibles dos versiones decimonónicas del binomio lengua-nación. Desde el Romanticismo alemán la lengua se viene identificando con la nación y desde la Revolución francesa la nación con la lengua, a pesar de que ambos movimientos son coetáneos y correlativos. He aquí una de esas asimetrías a las que tan aficionados son los humanistas y que ponen a los científicos de los nervios. Evidentemente, si dos más dos son cuatro, también sucederá que cuatro es dos más dos. Pero en nuestro caso parece que no es así. Si partimos de la lengua alemana, concluiremos que todas las personas que hablan alemán como nativos son de nación

¹«Die Sprache als eine Arbeit des Geistes zu bezeichnen, ist schon darum ein vollkommen richtiger und adequater Ausdruck, weil sich das Dasein des Geistes überhaupt nur in Thätigkeit und als solche denken lässt. Die zu ihrem Studium unentbehrliche Zergliederung ihres Baues nöthigt uns sogar, sie als ein Verfahren zu betrachten, das durch bestimmte Mittel zu bestimmten Zwecken vorschreitet, und sie insofern wirklich als Bildungen der Nationen anzusehen».

alemana. Este argumento, que ya aparece formulado por Herder, sirvió de base a los ideólogos del III Reich para justificar su política imperialista, consistente en anexionar territorios en los que había minorías germanohablantes y expulsar a todas las personas de otra lengua. El segundo planteamiento, típico de los revolucionarios franceses, parte de una nación francesa de origen histórico y cultural en la que hay una lengua predominante, la cual toma nombre de la nación y se procura imponer a los hablantes connacionales de lengua diferente.

Los textos fundacionales de lo que pudieramos llamar la perspectiva de la lengua nacional (*Ln*) y la perspectiva de la nación lingüística (*Nl*) son consideraciones como las siguientes:

Ln Herder (1795, *Werke*, Anm. 20, S. 120):

Por medio de la lengua se vuelve una nación educada y formada; por medio de la lengua se vuelve amante del orden y del honor, obediente, bien educada, afable, famosa, trabajadora y poderosa².

Nl Rousseau (*Essai sur l'origine des langues*, 1753-1763, ch. I):

El habla distingue al hombre de los animales; el idioma distingue a las naciones entre sí; Solo sabemos de dónde viene un hombre después de haber hablado. La costumbre y la necesidad es enseñar a cada uno el idioma de su país. Pero ¿qué hace que esta lengua sea la de su país y no la de otro? Para decir esto, hay que remontarse mucho tiempo atrás, por alguna razón local y anterior a la moral misma: el habla, siendo la primera institución social, debe su forma solo a causas naturales³.

En otras palabras, que para la perspectiva *Ln* la lengua es el presupuesto de la nación, mientras que para la perspectiva *Nl* la nación es anterior a la lengua y esta surge en el seno del grupo social como consecuencia natural del contrato en el que dicho grupo se funda:

$L \rightarrow n$

perspectiva de la lengua nacional

$N \rightarrow I$

perspectiva de la nación lingüística

Si lengua y nación cubriesen el mismo ámbito referencial, no habría nada que objetar, estaríamos

²«Mittelst der Sprache wird eine Nation erzogen und gebildet; mittelst der Sprache wird sie Ordnung- und Ehrliebend, folgsam, gesittet, umgänglich, berühmt, fleißig und mächtig».

³«La parole distingue l'homme entre les animaux: le langage distingue les nations entre elles; on ne connaît d'où est un homme qu'après qu'il a parlé. L'usage & le besoin sont apprendre à chacun la langue de son pays; mais qu'est-ce qui fait que cette langue est celle de son pays & non pas d'un autre? Il faut bien remonter pour le dire, à quelque raison qui tienne au local, & qui soit antérieure aux mœurs mêmes: la parole étant la première institution sociale ne doit sa forme qu'à des causes naturelles».

ante un dilema retórico, como el del huevo y la gallina. Esta opción ideal plantea la relación como una bicondicional en la forma $L \longleftrightarrow N$. El problema es que esto no es así. La lengua está sometida a criterios estrictos de objetivación: una lengua es un instrumento de comunicación que permite la intercomunicabilidad de un grupo de personas. Por eso, cuando la intercomunicación ya no es posible, hablamos de lenguas distintas, que es lo que sucedió cuando el latín se fragmentó en varias lenguas románicas. Desgraciadamente, la nación no puede ser acotada con criterios objetivos, no sabemos qué deben tener en común los miembros de una misma nación: ¿una lengua, unas mismas costumbres, una historia compartida, una religión, un territorio...?

Tal vez por ello el siglo XIX europeo haya visto proliferar las naciones lingüísticas, es decir, las sociedades que comparten un idioma común: Rumanía, el país de los que hablan rumano; Dinamarca, el país de los que hablan danés; Portugal, el país de los que hablan portugués. Y así sucesivamente, solo que se trata de una lista con muy pocos términos: Gran Bretaña es el país de los que hablan inglés, pero algunos también galés o gaélico; Italia es el país de los que hablan italiano, pero algunos también sardo o siciliano; Francia es el país de los que hablan francés, pero algunos también bretón, alsaciano (alemán) u occitano... España, y ahí nos duele, es el país de los que hablan español, pero algunos también catalán, gallego o vasco.

Pudiera parecer que la oposición se da entre países europeos monolingües y plurilingües, pero no es exactamente así. Los plurilingües son la abrumadora mayoría y, en realidad, los que he citado no son simplemente plurilingües, son países con varias lenguas en los que una funciona en calidad de *lengua común*, que todos comparten, y es la condición común de dicha lengua la que los convierte en una *comunidad política*. Si se considera esta cuestión a escala mundial, resulta que el plurilingüismo con una o varias lenguas comunes es lo normal en el mundo. Según Ethnologue, los diez países con mayor variedad idiomática son los siguientes: en Papúa-Nueva Guinea se hablan 840 idiomas; en Indonesia, 711; en Nigeria, 517; en la India, 456; en Estados Unidos, 328; en Australia, 312; en China, 309; en México, 292; en Camerún, 274; y en Brasil, 221. Como se puede ver, el plurilingüismo alcanza cotas numéricas muy altas en países de todos los continentes, salvo en Europa.

Obsérvese que no existen razones sociales o económicas que justifiquen este inventario: hay países antiquísimos, como China, frente a países modernos, como Australia; hay países desarrollados, como Estados Unidos, frente a países tercermundistas, como Camerún; hay países de religión

musulmana como Indonesia, cristiana como México, animista como Nigeria, brahmánica como India, etcétera. En realidad estas cifras permiten sacar la conclusión de que las lenguas no son un problema, de que los criterios de agrupación los señalan las etnias y la lengua es un acompañante con poco valor simbólico. Salvo en Europa, claro, donde la ecuación «lengua = nación» surgió en el siglo XIX y desde entonces entorpece la vida política de los europeos en torno a esta aspiración imposible. Todavía hoy, en pleno siglo XXI, existen territorios europeos en los que la lengua puede llegar a ser un problema serio. De todos es sabido el enfrentamiento y la hostilidad verbal que caracterizan la difícil convivencia de valones y flamencos en Bélgica o a la de hispanohablantes y catalanohablantes en Cataluña. Si las circunstancias llegan a ser excepcionales, podría ser incluso peor: en Ucrania, hablar la lengua indebida, ucraniano en zona ruso hablante o ruso en zona ucranianohablante, puede acarrear insultos, agresiones y eventualmente la muerte. Pero todo esto representa el pasado. El mundo camina hacia otros derroteros y ya no estamos en el siglo XIX.

En España durante el siglo XIX las dos perspectivas planteadas arriba ($L \rightarrow n / N \rightarrow l$) se presentaron a la vez, aunque no referidas al mismo idioma. En general se puede afirmar que la defensa del español se basó en argumentos de tipo francés ($N \rightarrow l$), mientras que la de las otras tres lenguas, el catalán, el gallego y el vasco, manejó razones de tipo alemán ($L \rightarrow n$). De lo primero es buena muestra la postura de Ramón Menéndez Pidal (1931), quien aboga por el nombre de «español» para la lengua común⁴.

Fuera de las dos cuestiones de hecho ya tratadas, no me ocuparé sino en dos apreciaciones del artículo del señor Massó, pues de las otras hablaríamos años enteros sin convencernos mutuamente. Es la una el hallar censurable que yo use el nombre de *lengua española*, «no sé si ab intent de supremacía o d'exclusió deis que no'l parlen». Ni lo uno ni lo otro. Yo no sé llamar de otra manera a la lengua que resultó de la fusión de la leonesa, castellana, aragonesa, navarra, etcétera. La llaman *spanish* los programas de las universidades de Columbia, Baltimore, Filadelfia, Chicago, donde se estudia; la llaman *spanisch* en las de Alemania y Austria; *espagnol* en las universidades y liceos de Francia, y *lingua spagnola* se la llama en los

manuales de Gorra, Monaci y D'Ovidio para uso de los estudiantes italianos. *Español* la llamó ya Alfonso el Sabio y la llamaron muchos de nuestros clásicos, y tal nombre es el único que en definitiva puede adoptar la ciencia. Claro es que esto no quita que el catalán sea también una lengua española, aunque no la lengua española por an-tonomasia.

La postura contraria es la sostenida por los intelectuales de las regiones bilingües. Sirvan de muestra las palabras de Enric Prat de la Riba⁵.

Así se ha encontrado la lengua catalana en la situación de tener que formular su gramática, depurar y completar su léxico, fijar su ortografía, cuando ya todas las demás lenguas tenían desempeñada esta tarea; y en circunstancias tan desfavorables como la actual situación política de la raza, que deja nuestra lengua desarmada, entre dos grandes influencias invasoras, sin escuelas, sin universidades, sin dinastía y aristocracia propias, sin Estado, y teniendo frente a vehículos de la acción destructora de otra lengua, la escuela y la Universidad y la prensa y el Estado con la prensa y el Estado. [...] Puesto que no ha tenido el catalán la evolución normal de las otras lenguas latinas, ni ha tenido en los siglos del Renacimiento, ni tiene todavía hoy, un Estado que haya impuesto o pudiera imponer desde arriba formas únicas definitivas, démonoslas espontáneamente, libremente, nosotros mismos, por aclamación, por patriótica renuncia a todas las preferencias individuales o de escuela, establezcámoslas por unánime plebiscito de todos los catalanes⁶.

Políticamente, tras la exaltación nacionalista de la guerra de la Independencia, el siglo XIX se saldó con tres guerras carlistas, en las que se enfrentaron dos bandos dinásticos; pero también dos

⁵ E. Prat de la Riba (1913). Per la llengua catalana. *La Veu de Catalunya*, 31-1.

⁶ «Així s'ha trobat la llengua catalana en la situació d'haver de formular la seva gramàtica, depurar i completar el seu lèxic, fixar la seva ortografia, quan ja totes les altres llengües tenien acomplida aquesta tasca; i en circumstàncies tan desfavorables com l'actual situació política de la raça, que deixa la nostra llengua desarmada, entre dues grans influències invasores, sense escoles, sense universitats, sense dinastia i aristocràcia pròpies, sense Estat, i tenint enfront vehicles de l'acció destructora d'una altra llengua, l'escola i la Universitat i la premsa i l'Estat amb tota la complexa xarxa de canalització per influir i penetrar un poble. [...] Ja que no ha tingut el català l'evolució normal de les altres llengües llatines, ni ha tingut en els segles del Renaixement, ni té encara avui, un Estat que hagi imposat o pogués imposar des de dalt formes úniques definitives, donem-nos-les espontàniament, lliurement, no-saltres mateixos, per aclamació, per patriòtica renúncia de totes les preferències individuals o d'escola; establím-les per unànim plebiscit de tots els catalans».

⁴ R. Menéndez Pidal (1931). Personalidad de las regiones: Sobre la supresión de la frase *nación española*. *El Sol*, Madrid, 27 de agosto. Véase P. García Isasti (2002). Ramón Menéndez Pidal: su intervención en el debate público (1902-1932). *Lectura crítica del pensamiento de Ramón Menéndez Pidal, 1891-1936* [tesis de doctorado de la UAM].

posiciones políticas: la unitarista, que era constitucionalista liberal, y la disgregacionista, que fue básicamente conservadora y defensora del Antiguo Régimen. Parece mentira que dos siglos más tarde el españolismo estatal sea tildado de filofascista y el independentismo de algunas comunidades autónomas bilingües de progresista.

2. La lengua como base de la comunidad económica

En otros países europeos el siglo XIX vio surgir los nacionalismos a causa de un cambio político: el fin del Antiguo Régimen, sin que en ellos hubiese nada parecido a una pulsión regional como la cuestión dinástica, que está en la base del carlismo. Sin embargo, dicha explicación se queda en lo epifenoménico, porque la razón profunda estuvo en una mutación radical de las bases económicas de la sociedad. Lo que sucedió fue que la Revolución Industrial, iniciada en Inglaterra y pronto propagada a los demás países europeos, cambió el fundamento de la sociedad. En el Antiguo Régimen la gente se agrupaba en pueblos dependientes de un señor, vivía de la agricultura y apenas se movía de su lugar de nacimiento. Naturalmente, todos hablaban la misma lengua y la convivencia lingüística era lo normal. Con la Revolución Industrial, la gente pasó a vivir en grandes ciudades, donde se juntaban personas de lenguas diferentes en un ambiente generalmente mísero. En estas condiciones era inevitable que se impusiese la lengua del grupo lingüístico mayoritario de cada lugar como lengua de relación.

Es muy frecuente atribuir esta causa a la concepción economicista de la lengua, tan típica del capitalismo occidental, y suponer que el marxismo, que dominó en la mitad oriental de Europa, representaba su antítesis. Es un error: por lo que a la lengua se refiere, capitalistas y anticapitalistas son igualmente materialistas y privilegian sin ambages las grandes lenguas vehiculares. La doctrina marxista, expuesta por Stalin en *El marxismo y la cuestión nacional* (*Marksizm i natzional'nyy vopros*, Viena, 1913, 29), intentaba no enfrentar las lenguas menores a las mayores (de hecho se refería al ruso como *la lengua de facto*) y culpaba al capitalismo del conflictivo panorama de las nacionalidades.

Pero las personas que componen una nación no siempre viven agrupadas en una masa compacta; frecuentemente se dividen en grupos, y en esta forma se incrustan en organismos nacionales ajenos. Es el capitalismo el que las acucia a ir a diversas regiones y ciudades a ganar su pan. Pero al entrar en territorios nacionales ajenos, formando en ellos minorías, estos grupos sufren a consecuen-

cia de las trabas que las mayorías nacionales del sitio en que residen ponen a su idioma, a sus escuelas, etcétera. De aquí los conflictos nacionales.

Sin embargo, continúa Stalin, la solución no puede ser la que Bauer y otros autores proponen para Austria-Hungría, consistente en una fragmentación territorial infinita. En el caso de Rusia, por ejemplo, lo que se impone en el Cáucaso (Stalin era de Georgia) es agrupar nacionalidades, previamente interdependientes en lo económico, bajo el paraguas de una cultura común: «La cuestión nacional del Cáucaso solo puede resolverse en el sentido de llevar a las naciones y pueblos rezagados al cauce común de una cultura superior» (p. 52). Stalin fue un personaje nada atractivo, pero este opúsculo de 1913 interesa porque expresa la doctrina oficial del partido socialdemócrata y parece ser que fue inducido por Lenin. Hoy día difícilmente aceptaríamos la expresión «cultura superior». Por eso, el desarrollo de estas ideas en la URSS tras la Revolución se volcó en fomentar las lenguas más que las culturas (algunas muy primitivas), ya que la única cultura que oficialmente interesaba a la URSS era la del proletariado. Pero a la hora de la verdad lo que hubo fue un desarrollo enorme de la rusificación idiomática, al convertir el ruso en la lengua de todos los soviéticos; la lengua rusa, que ya era el idioma vehicular de la nobleza y de la burguesía del Imperio zarista, acabó siendo la lengua común de los ciudadanos de la URSS.

Esta globalización idiomática del mundo socialista fue debida a la economía más que a la política. Desde el punto de vista ideológico esto es muy importante. La lengua pertenece a la base, donde juegan las fuerzas económicas; la cultura pertenece a la superestructura, que es el asiento de las disputas políticas. Lo volvió a dejar claro Stalin al publicar en 1950 un nuevo artículo en el que desautoriza la propuesta de Nicolai Marr, el lingüista oficial de la URSS hasta ese momento, para quien la lengua pertenece a la superestructura ideológico-cultural y no a la base económico-social. Nada de eso, sostiene Stalin, la lengua está basada en la economía y en la sociedad, es un valor económico⁷.

PREGUNTA. ¿Es cierto que el idioma es una superestructura sobre la base?

RESPUESTA. No, no es cierto. La base es el sistema económico de la sociedad, en una etapa dada de su desarrollo. La superestructura son las concepciones políticas jurídicas, religiosas, artísticas y filosóficas de la sociedad y sus correspondien-

⁷ Stalin (1950). Acerca del marxismo en la lingüística. *Pravda*, 20 de junio.

tes instituciones políticas, jurídicas y otras. [...] En este sentido, el idioma se diferencia radicalmente de la superestructura. Tomemos, por ejemplo, la sociedad rusa y su lengua rusa. En el curso de los últimos treinta años, en Rusia fue liquidada la vieja base capitalista y construida una base nueva, socialista. En consonancia con esto, fue liquidada la superestructura existente sobre la base capitalista y creada una nueva superestructura, que corresponde a la base socialista. Por consiguiente, fueron sustituidas las viejas instituciones políticas, jurídicas y otras por instituciones nuevas, socialistas. Pero, a pesar de ello, la lengua rusa ha continuado siendo, en lo fundamental, la misma que era hasta la Revolución de Octubre.

En el mundo capitalista occidental también se impuso la globalización idiomática, aunque los autores que la justifican la presentan como una verdad factual derivada de la situación económica. Así, Crystal (1997, pp. 7-8) inicia su libro sobre la supremacía mundial del inglés como sigue⁸:

Una lengua no se convierte en lengua global por sus propiedades estructurales intrínsecas, ni por la extensión de su vocabulario, ni por haber sido vehículo de una gran literatura en el pasado, ni por haber estado asociada en su momento a una gran cultura o religión. [...] Una lengua se convierte en lengua internacional por una razón principal: el poder político de su gente, especialmente su poder militar. [...] Pero el dominio lingüístico internacional no es únicamente resultado del poderío militar. Puede que se necesite una nación militarmente poderosa para establecer una lengua, pero se necesita una nación económicamente poderosa para mantenerla y expandirla. Esto siempre ha sido así, pero se convirtió en un factor particularmente crítico a principios del siglo XX, cuando los desarrollos económicos comenzaron a operar a escala global⁹.

Y concluye diciendo:

⁸D. Crystal (1997). *English as a Global Language*. Cambridge University Press.

⁹«A language does not become a global language because of its intrinsic structural properties, or because of the size of its vocabulary, or because it has been a vehicle of a great literature in the past, or because it was once associated with a great culture or religion. [...] A language becomes an international language for one chief reason: the political power of its people – especially their military power. [...] But international language dominance is not solely the result of military might. It may take a militarily powerful nation to establish a language, but it takes an economically powerful one to maintain and expand it. This has always been the case, but it became a particularly critical factor early in the twentieth century, with economic developments beginning to operate on a global scale».

¿Qué podemos concluir tras este amplio análisis del uso del inglés en el mundo moderno? ¿Existe un hilo conductor que nos ayude a explicar su notable crecimiento? Este capítulo demuestra que se trata de un idioma que ha encontrado repetidamente su lugar en el momento oportuno¹⁰.

Seguidamente Crystal se explaya glosando los éxitos de las sociedades anglosajonas a un lado y a otro del Atlántico: primero Gran Bretaña promovió la Revolución Industrial; luego Estados Unidos ejerció de líder de la economía capitalista; finalmente las nuevas tecnologías acogieron el inglés como su lengua propia. Es un relato edulcorado y voluntarista que rehúye sistemáticamente la palabra «colonialismo». No nos engañemos: en el siglo XIX las potencias europeas se repartieron África como un botín de guerra y explotaron sistemáticamente los bienes del mundo sojuzgado. Las potencias coloniales más poderosas, y por lo mismo más depredadoras, fueron Gran Bretaña y su pariente Estados Unidos, los cuales terminaron la faena en el siglo XX ampliando sus tentáculos a América Latina y al sudeste asiático. Francisco Moreno Fernández (2016) se muestra escéptico respecto al carácter global de cualquier idioma, incluido el inglés¹¹.

Probablemente, para muchos el inglés es la «lengua perfecta» anhelada desde hace siglos, pero la realidad no es tan simple. [...] La caracterización del inglés como «lengua global» se ha universalizado en las últimas décadas, hasta el punto de ser asunto tratado monográficamente en libros tan conocidos como *English as a Global Language* (1997), de David Crystal, o *How English Became the Global Language* (2013), de David Northup. En ellos se presenta la universalización del inglés como un proceso benigno, derivado del entramado mundial de relaciones comerciales y, en todo caso, consecuencia de un imperialismo moderado tanto del Reino Unido como, después, de Estados Unidos. [...] Esta situación de partida, bien conocida por otra parte, nos hace plantearnos algunas preguntas básicas que quisiéramos responder de forma breve y clara. ¿Qué es una lengua global? ¿Es realmente el inglés una lengua global? ¿Puede ser considerado el español una lengua global? Para no provocar intriga alguna, me apresuro a

¹⁰«What are we to conclude, after this wideranging review of the way English has come to be used in the modern world? Is there a common theme which can help us explain the remarkable growth of this language? The evidence of this chapter [...] is that it is a language which has repeatedly found itself in the right place at the right time» (p. 110).

¹¹F. Moreno Fernández (2016). *La búsqueda de un «español global»*. VII Congreso Internacional de la Lengua Española, <https://congresosdelaelenguaje.es/puerto-rico/paneles-ponencias/espanol-mundo/moreno-fancisco.htm>

explicitar mi premisa mayor, que no es otra que la siguiente: en la historia de la humanidad nunca ha existido una lengua global y resultará difícil que llegue a haberla. Esto supone afirmar que el inglés no es una lengua global y, por supuesto, que tampoco lo es el español.

Sea como sea, en el siglo XX ciertos idiomas –singularmente el inglés y el ruso– han llegado a ser lenguas cuasiglobales por razones fundamentalmente económicas, el primero en el dominio capitalista, el segundo en el socialista. No es sorprendente que lo que pudiéramos llamar la «vincidación histórica del idioma español» se intentase atribuir también a su creciente importancia económica. Hace veinte años se publicó un libro¹² en el que se analiza lo que sus compiladores llamaron *la batalla del español*, al hilo de un cambio de paradigma que sustituye el valor nacional del español por su valor económico. Desde entonces sus opiniones han resonado en muchos congresos y están creando un estado de opinión en la comunidad académica que, tal vez, terminará por saltar a los medios y convertirse en opinión común. La cosa no tendría mayor trascendencia si lo que se afirma en el mismo no afectase a la imagen que se tiene de los hispanohablantes en el mundo, sobre todo en el mundo anglohablante, que es el que crea los estereotipos culturales en la actualidad. Quiero decir con esto que la cuestión no es solo académica, tiene una dimensión ideológica y es desde esta perspectiva desde la que quiero enfocarlo. Lo he elegido, además, basándome en una vieja reseña mía (López García-Molins, 2003)¹³ porque me ligan lazos de amistad y numerosas complicidades científicas con uno de sus editores, José del Valle, quien participa además en el presente monográfico, así que de paso respondo a la petición que se nos ha hecho para intercambiar opiniones.

Bueno será expresar de entrada mi extrañeza ante la interpretación que se propone en *The Battle over Spanish* de unos hechos examinados, no obstante, casi siempre con ejemplar maestría académica. Dicen los autores que la cuestión de la lengua –lo que es el español, lo que representa y quién tiene autoridad para tertiar en las disputas idiomáticas– ha tenido un evidente carácter político en las dos últimas centurias. Esto es evidente. También lo es que en la construcción de lo que pudiéramos llamar el imaginario de la lengua española han de-

sempeñado un papel relevante sobre todo dos instituciones, la Real Academia Española y el Instituto Cervantes, así como una serie de intelectuales a los que se dedican capítulos específicos de la obra. También estoy de acuerdo.

Sin embargo, tengo mis reservas respecto a las conclusiones que se extraen de lo anterior: a) que la imagen de armonía que se ha construido para el mundo hispánico margina la realidad de las lenguas peninsulares periféricas, de las lenguas amerindias y de las variedades mixtas resultantes del contacto lingüístico (como el *Spanglish*); b) que la ideología dominante subordina la coexistencia pacífica al control ejercido por una lengua homogénea; c) que dicha lengua, el español, sustenta toda una ideología del hispanismo, la cual concibe como única expectativa de futuro la de una comunidad lingüística homogénea sin la amenaza de otras lenguas que interfieran en su desarrollo. Esta ideología, se afirma, la construyeron algunos intelectuales del XIX y primera mitad del XX (Bello, Unamuno, Ortega, Menéndez Pidal, etcétera), pero ha sido aceptada sin reservas por sus continuadores modernos al convertir a aquellos en padres fundadores (es el llamado *founder-father effect*). Se supone que esta sacralización de la ideología idiomática hispánica es la labor de una serie de profesores que habrían aportado un baño científico para lograrla (Del Valle y Stheeman, pp. 194-195):

La unidad y uniformidad de la lengua española, la responsabilidad de los intelectuales españoles de asumir un papel protagónico en su estandarización, la importancia de salvaguardar su unidad y pureza son temas recurrentes en el discurso lingüístico de estos autores. A lo largo del libro hemos visto cómo, para la construcción textual y la legitimación de esta ideología, los intelectuales hispánicos recurrieron a menudo, en diversos grados, al poder legitimador de la ciencia y la retórica. Sus discípulos contemporáneos continúan apoyando su discurso en el campo, aún legitimador, de la lingüística y la filología: no es casualidad que, en los últimos años, la mayoría de los debates públicos sobre cuestiones lingüísticas hayan sido escritos por reconocidos profesores españoles de estas disciplinas: Manuel Alvar, Víctor García de la Concha, Rafael Lapesa, Fernando Lázaro Carreter, Juan M. Lope Blanch, Ángel López García, Gregorio Salvador, etcétera¹⁴.

¹² José del Valle y Luis Gabriel Stheeman (eds.), 2002. *The Battle over Spanish between 1800 and 2000: Language Ideologies and Hispanic Intellectuals*. Londres: Routledge.

¹³ López García-Molins, Ángel (2003), Reseña de «Del Valle y Stheeman, *The Battle over Spanish* (2002)». RFE, LXXXIII, 317-340.

¹⁴ «The unity and uniformity of the Spanish language, the responsibility of Spanish intellectuals to assume a leading role in its standardization, and the importance of safeguarding its unity and purity are recurring themes in the linguistic discourse of these authors. Throughout the book, we have seen how, for the textual construction and legitimization of this ideology, Hispanic intellectuals often resorted, to varying degrees, to the legitimizing power of science and rhetoric. Their contemporary disciples

Donde más llaman la atención las hipótesis defendidas por *The Battle over Spanish* es en el último capítulo, el que trata de la actualidad. Como conclusión de la línea argumentativa precedente se viene a decir poco menos que hay un imperialismo lingüístico panhispánico del que la RAE y, en particular, su director serían los portavoces; el diario *El País*, la plataforma de la *grandeur* del español; el inglés, el enemigo que hay que batir; y el Instituto Cervantes, que está a punto de «conquistar» Brasil y amplias zonas de Estados Unidos, la avanzadilla de los ejércitos de la monarquía lingüística, la de un rey y un príncipe dispensadores de distinciones a los héroes del idioma. Tengo que decir, como uno de los supuestos participantes en esta conspiración imperialista, que no me reconozco en lo que se nos imputa, aunque no deje de satisfacerme la buena compañía en la que me han colocado. Y es que llama la atención la falta de perspectiva con la que se hacen estas afirmaciones. En toda la obra no se citan en ningún momento el British Council, la Alliance Française, el Goethe Institut o la Societá Dante Alighieri, organismos que hacen lo mismo que el Cervantes, solo que mejor (por ejemplo, son propagandistas eficaces del mundo académico de sus respectivos países, porque están convencidos de que una lengua moderna o es capaz de expresar la ciencia y la cultura o se anquilosa sin remedio). De otro lado, uno puede encontrar anacrónica e ineficaz la costumbre latina, que no germánica, de las academias (existe l'Académie Française, modelo de las demás, mientras que ingleses y alemanes elaboran la norma a base de diccionarios comerciales), pero no veo por qué razón tendríamos que reprocharle al director de la RAE que haga propaganda de las excelencias del español: los directores de cualquier empresa, si tienen un mínimo de sentido comercial, se pasan la vida pregonando las virtudes de sus productos. En cuanto al rey de España, por supuesto, hace lo mismo que su majestad británica, solo que aquí, en vez de dar medallas *British*, las impone *Hispanic*.

Dicho lo cual, tampoco querría refugiarme en el triunfalismo. Aunque las responsabilidades imputadas a ciertas instituciones de España en su intento de vender el español como una mercancía me parecen excesivas, sí que se advierte una cierta prepotencia de la sociedad española en general relativa a este tema. Es cierto que disponer de una

continue to base their discourse on the still legitimizing field of linguistics and philology. It is no coincidence that, in recent years, most of the public debates on linguistic issues have been written by renowned Spanish professors of these disciplines: Manuel Alvar, Víctor García de la Concha, Rafael Lapesa, Fernando Lázaro Carreter, Juan M. Lope Blanch, Ángel López García, Gregorio Salvador, etc.».

El alemán o el francés son lenguas fundamentalmente nacionales, con proyección económica y vivencial; el inglés es la lengua de la globalización económica, con proyección nacional y vivencial secundaria; el chino y el español son lenguas prioritariamente vivenciales, con proyecciones nacionales y económicas añadidas

lengua de casi seis millones de usuarios permite vencer muchas barreras y facilita los negocios. Pero esto no concede ninguna regalía a las empresas españolas sobre las demás. Imagínense un argumento como el siguiente: los árabes, concretamente el bagdadí Al-Juarismi, inventaron el álgebra conforme a la que se rigen los algoritmos lógicos que permiten la inteligencia artificial, por lo que Irak debería ser la potencia dominante en el campo de la informática y de la inteligencia artificial. Ridículo, ¿verdad? Pues lo mismo cabe decir de la supuesta dominancia de las empresas españolas en el mundo hispanoamericano a cuenta de las solidaridades que suscita la posesión de un instrumento de comunicación común que se inventó en el alto Ebro allá por el siglo IX d. C.

3. La lengua como base de la comunidad vivencial

La pura justificación económica del idioma español es una falacia. Menos humos, si bien no hay humo sin fuego. A escala mundial, lo que más destaca de su perfil ideológico es su especialísima condición vivencial. Enseguida me ocupo de ello, pero antes quiero reflexionar brevemente sobre el caso del chino. Piénsese que el modelo expansivo del ruso, ligado a una ideología, podría hacerse extensivo igualmente al árabe (la lengua del islam). En cuanto al modelo colonialista del inglés, vino acompañado del progreso del francés, por ejemplo. Pero ¿qué diríamos del chino? Considérese el siguiente listado de las diez lenguas más habladas del mundo según datos de Ethnologue (2022):

| LENGUAS | NÚMERO DE HABLANTES NATIVOS |
|--------------------------------|-----------------------------|
| chino mandarín (septentrional) | 929 millones |
| español | 474,7 millones |
| inglés | 372,9 millones |
| hindi | 343,9 millones |
| bengalí | 233,7 millones |
| portugués | 232,4 millones |
| ruso | 154 millones |
| japonés | 125,3 millones |
| lhanda (punyabí) | 92,7 millones |
| chino yue (meridional) | 85,2 millones |

Al lector no especializado sin duda le asombrará esta clasificación. ¿Acaso no debería ser el inglés la primera? Por el número de usuarios, sí; por el número de hablantes nativos, no. Evidentemente, la lengua más extendida es el chino, pero en época moderna no nos consta que hubiera ninguna expansión política de China; últimamente hay un gran crecimiento económico, pero sin consecuencias lingüísticas fuera de sus fronteras. Lo que llamamos «chino» se reparte en la lista entre dos variedades, el mandarín y el yue, aunque en la continuación de la misma aparecen otros dialectos (wu, min, jin, hakka...) hasta completar unos mil quinientos millones de hablantes de chino. Algo parecido, pero con mayor diferencia entre lenguas, se da en la India (hindi, punyabí, bengalí). ¿Cuál es el factor unívoco que aglutina a los usuarios de la lengua china?

Pues dicho factor es precisamente que se trata de *usuarios* más que de hablantes. En realidad, un chino de Shanghái no entiende oralmente a otro de Pekín (Beijing) ni este a un tercero de Cantón (Guangzhou) y así sucesivamente; al menos es lo que sucedía hasta que la República Popular introdujo el putonghua (lengua común) como idioma de relación. Lo que de verdad une a los chinos es el sistema de escritura, el cual permite a todos ellos leer el mismo texto sin problemas. Como es bien sabido, dicho sistema se basa en ideogramas, es decir, en dibujos simplificados que representan uno o varios referentes y que equivalen a nuestras palabras. Ello tiene ventajas e inconvenientes: per-

mite constituir una comunidad inmensa, de mil quinientos millones de personas que estudian dichos caracteres durante años y años, pero hace muy difícil su extensión a otros países. Los chinos ven los ideogramas y están capacitados para hacerlo prácticamente desde que nacen (la capacidad visual del ser humano es genética, igual que la lingüística, pero esta no se manifiesta hasta los tres años, más o menos, en contacto con una lengua), aunque dominar los veinte mil caracteres que conoce un chino culto suele durar prácticamente hasta la adolescencia.

Interesa reflexionar sobre la clase de comunidad que resulta de esta visualización simbólica¹⁵. Por lo pronto, es completamente ajena a la ecuación «lengua = nación»: en China la escritura común no es algo propio del lugar donde se nace, el cual solo suministra la lengua hablada (los distintos dialectos chinos), sino del Estado vivencial al que uno pertenece y en el que convive con otras personas. Es dicho Estado el que establece las reglas de conformación, aprendizaje y uso de los ideogramas chinos, los cuales pueden escribirse, pero sobre todo son leídos por el conjunto de los usuarios. Desde la perspectiva española se acostumbra a oponer el Estado (lo malo) a la nación (lo bueno), pero se trata de una lógica perversa, porque lo que sustenta la convivencia es precisamente el Estado, mientras que las reivindicaciones nacionales suelen conducir a la confrontación. El sistema chino tampoco es dependiente de la ecuación «lengua = base económica». Como consecuencia del apoyo que prestaron Rusia y Estados Unidos a las facciones de la última guerra civil, hay dos Chinas, la comunista y la nacionalista, pero una sola lengua y sistema de escritura. Si miramos hacia atrás estas divergencias estatales, pueden llegar a ser mucho mayores: entre el siglo V a. C. y el siglo III d. C., China se fragmentó en siete reinos combatientes hasta que la unificó la dinastía Qin, si bien el sistema de escritura común permaneció inmóvil.

¿Qué clase de comunidad lingüística conforma por tanto China? Ni nacional ni económica, se trata de una *comunidad vivencial*. La escritura china, cuyo primer diccionario, el Erya, pertenece precisamente a dicha época, es el basamento de la cultura china, una cultura que facilita secundariamente que podamos hablar de una nación china y de una economía china. Confucio (551-479 a. C.) pensaba que las crisis de gobierno son debidas a la pérdida de valores que se registra en los ritos, para lo cual propone como solución la rectificación de los nombres:

¹⁵ Para lo que sigue me baso en P. San Ginés (2004). El pensamiento chino clásico sobre la lengua. En Juan de Dios Luque Durán (ed.). *Lenguas y culturas de Oriente*. Granada Lingüística.

«Si los nombres no son correctos, las palabras no se ajustarán a lo que representan y, si las palabras no se ajustan a lo que representan, los asuntos no se realizarán»¹⁶. De ahí resulta que lo verdaderamente importante de la semiosis no son los sonidos con su inevitable fragmentación nacionalista, como en Occidente, ni las cosas, como en cualquier planteamiento materialista, sino precisamente los nombres manifestados por imágenes simbólicas.

La otra gran lengua mundial que también sustenta una comunidad vivencial es el español, solo que aquí se trata de un fundamento cultural y no político, como en el caso del chino. Permítanme reproducir una cita de la ponencia que pronuncié en el IX Congreso Internacional de la Lengua Española (Cádiz, marzo de 2023), celebrado bajo los auspicios de un título problemático: «Lengua común, mestizaje e interculturalidad»:

Es cierto que nuestra lengua soporta una comunidad inmensa. Sin embargo, no es seguro que todos sus usuarios se sientan cómodos con la idea, tal vez porque «lengua común = lengua mestiza» les parezca una ecuación errónea. Al fin y al cabo, todo colonialismo extendido sobre amplios territorios soporta una base mestiza. ¿Acaso no son el inglés, el francés, el ruso, el árabe... como redes que capturaron un conjunto de culturas y de lenguas y de las que resultaron poblaciones mestizas? ¿Por qué destacar algo así en el caso del español? Veamos. Mestizaje e interculturalidad no son conceptos equivalentes. La interculturalidad es consecuencia inevitable de la expansión de un idioma. Las grandes lenguas mundiales siempre son interculturales, acaban englobando pueblos de muchos otros idiomas, cuyos espacios se van achicando progresivamente. Ya ocurrió con el latín en la Edad Antigua, y hoy sucede lo mismo con el ruso o con el inglés. La Nueva España o el Perú no se concibieron así. Las razones son conocidas y han sido expuestas muchas veces. Las potencias coloniales necesitan difundir su idioma: es preciso que las sociedades coloniales conozcan la lengua del invasor para facilitar la expansión de la economía, que es lo que hay detrás del colonialismo. Esto ya ocurría en la época de los romanos –no hay más que ver el paisaje de las Médulas en León–, pero alcanza su mayor desarrollo con la Revolución Industrial del XIX. Sin embargo, a mi entender, existe una diferencia capital en el caso del español, donde el «mestizaje viene antes y la interculturalidad, después». Por eso, en los primeros siglos se practicó un colonialismo atípico, el cual privilegiaba la captación de las almas sobre la de los clientes. En Latinoamérica la expansión de la lengua fue una iniciativa de los mestizos, no de la corona ni de los poderes económicos de la metrópoli.

¹⁶Confucio-Mencio (1982). *Los cuatro libros* (88). Madrid: Alfa-guara.

He dedicado muchas páginas¹⁷ a fundamentar la idea de que *el español es una lengua que surge desde la necesidad de los mestizos*, originariamente en la península ibérica y más tarde en el continente americano. Por eso, siempre he criticado la etiqueta de «castellano»: la koiné peninsular, el español, aparece en varios reinos del norte de la península ibérica a la vez y solo se hace castellano cuando Alfonso X –este sí: rey de Castilla– lo normaliza por primera vez siguiendo los usos de los hablantes castellanos de español. Desde que formulé por primera vez la hipótesis koinética en 1985, me he encontrado con partidarios apasionados y con opositores no menos recalcitrantes. Alguno de estos últimos me ha tildado de «esencialista». ¿Esencialista? Siempre me he negado a definir el español como esencia de la nación española. Al contrario, su gran valor cívico estriba precisamente en que surgió al margen de la idea nacional, como una lengua vehicular (una koiné) que permitió a los vascos relacionarse con sus vecinos románicos, a estos primitivos españoles del alto Ebro hacerlo con los demás europeos que llegaban por el Camino de Santiago, a los conquistadores del Nuevo Continente transformar a los indígenas en súbditos –que no en esclavos– de la corona, y así sucesivamente. No me tengo por original: la idea comienza en Ramón Menéndez Pidal¹⁸, toma alas con Emilio Alarcos¹⁹, se consolida empíricamente con los atlas lingüísticos de Manuel Alvar²⁰ y, en el fondo, no deja de ser una obviedad. El supuesto esencialismo consistiría en lo mismo que legitima la ley de la gravitación universal: que parte de hechos, no de especulaciones fantuosas que apenas logran esconder claras intenciones políticas.

Que el español no era ninguna panacea nacionalista lo descubrieron a su pesar los padres de la independencia de la repúblicas hispanoamericanas cuando comprobaron que el hecho de hablar

¹⁷Ángel López García-Molins (1985). *El rumor de los desarraigados (Conflictos de lenguas en la península ibérica)*. Barcelona: Ed. Anagrama; (1991). *El sueño hispano ante la encrucijada del racismo contemporáneo*. Mérida: Editora Regional de Extremadura; (2007). *El boom de la lengua española. Análisis ideológico de un proceso expansivo*. Madrid: Biblioteca Nueva; (2009). *La lengua común en la España plurilingüe*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana, Vervuert; (2010). *Anglohispanos. La comunidad lingüística iberoamericana y el futuro de Occidente*. Barcelona: Península; (2020). *Repensar España desde sus lenguas*. Barcelona: El Viejo Topo.

¹⁸Ramón Menéndez Pidal (1926). *Orígenes del español*. Madrid: Espasa Calpe.

¹⁹Emilio Alarcos Llorach (1982). *El español, lengua milenaria*. Valladolid: Ámbito.

²⁰Los atlas de Manuel Alvar cubren casi todo el territorio del español europeo (Andalucía, Canarias, Aragón, Navarra y Rioja, Castilla y León, Santander) y buena parte del americano (Méjico, Venezuela, Paraguay, etcétera).

el mismo idioma no impidió la división del Imperio español en naciones enfrentadas. Y, sin embargo, lo que une a los distintos países hispanoamericanos es la lengua, como ya destacaba Simón Bolívar²¹ en su *Carta de Jamaica* de 1815 (Bolívar, 994, 6):

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, *una lengua*, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse.

Desde entonces el fracaso político de la ecuación «lengua = nación» se ha glosado miles de veces en autores hispanos de todas las tendencias, siendo casi unánime la afirmación de que la unidad lingüística debería conllevar un cierto tipo de unidad política. Es habitual relacionar esta postura con los planteamientos esencialistas, más o menos conservadores, como el de Unamuno. Según ha mostrado Isidro Sepúlveda²², cuando Unamuno critica la postura biologista de la raza hispánica expuesta por Carlos Octavio Bunge en *Nuestra América*, el catedrático de Salamanca objeta:

Más que con la sangre les va a los sudamericanos el españolismo con la lengua, sangre del espíritu, en la que reciben en potencia todo un modo de pensar y concebir, y con él las costumbres y hábitos y tradiciones populares²³.

Sin duda, la expresión «la lengua, sangre del espíritu» choca abiertamente con el tono discursivo del siglo XXI, pero a finales del siglo XX fue nada menos que Fidel Castro quien, ante un auditorio de Puerto Montt (Chile) y en presencia de Salvador Allende, decía lo siguiente:

¡Y pensar que nuestra patria está a 9.000 kilómetros, 8.500, 9.000...! Bueno: unos cientos de kilómetros más o menos no tiene importancia. Pero desde allá, desde nuestra patria hasta aquí, se puede ver que hablamos un mismo idioma, que tenemos los mismos ideales, que albergamos los

mismos sentimientos, que experimentamos las mismas emociones²⁴.

El tema de la lengua española en su relación con América no debería politizarse. Que la comunidad hispanohablante de ambos lados del océano está estrechamente vinculada por el idioma es un hecho. Cuestión diferente es la de las interpretaciones que se quieran dar a dicha evidencia empírica. Fracasada la hipótesis que primero saltaba a la vista, la de la comunidad nacional, se propusieron otras; las más antiguas lo vinculan con la religión católica, como Maeztu, o con la raza, como Vasconcelos; las más modernas, con la economía. Las ideas del primero pueden resumirse en esta cita de su obra *Defensa de la hispanidad*²⁵:

Pero cuando volvemos los ojos a la actualidad, nos encontramos, en primer término, con que todos los pueblos que fueron españoles están continuando la obra de España, porque todos están tratando a las razas atrasadas que hay entre ellos con la persuasión y en la esperanza de que podrán salvarlas; y también con que la necesidad urgente del mundo entero, si ha de evitarse la colisión de Oriente y Occidente, es que resucite y se extienda por toda la faz de la Tierra aquel espíritu español, que consideraba a todos los hombres como hermanos, aunque distinguía los hermanos mayores de los menores; porque el español no negó nunca la evidencia de las desigualdades. Así la obra de España, lejos de ser ruinas y polvo, es una fábrica a medio hacer, como la Sagrada Familia, de Barcelona, o la Almudena, de Madrid; o, si se quiere, una flecha caída a mitad del camino, que espera el brazo que la recoja y lance al blanco, o una sinfonía interrumpida, que está pidiendo los músicos que sepan continuarla.

Las ideas de la raza se concibieron en el libro del escritor mexicano José Vasconcelos *La raza cósmica*²⁶, con parecida aspiración universalista, aunque con un tinte religioso menos marcado.

Tenemos, pues, en el continente todos los elementos de la nueva Humanidad; una ley que irá seleccionando factores para la creación de tipos predominantes, ley que operará no conforme a

²¹ Simón Bolívar (1994 [1815]). *Carta de Jamaica*. Kingston, 6 de septiembre de 1815. En Augusto Mijares (prólogo) y Manuel Pérez Vila (comp., notas y cronología), *Simón Bolívar. Doctrina del libertador* (47-63). Caracas: Biblioteca Ayacucho.

²² Isidro Sepúlveda (2005). *El sueño de la madre patria. Hispanoamericanismo y nacionalismo* (217). Madrid: Marcial Pons.

²³ Miguel de Unamuno (1903). De la literatura hispanoamericana. En *Obras completas* (IV, 810).

²⁴ Discurso pronunciado por el comandante Fidel Castro Ruz, primer secretario del comité central del Partido Comunista de Cuba y primer ministro del gobierno revolucionario, en la concentración realizada en Puerto Montt (Llanquihue, Chile) el 18 de noviembre de 1971, <http://www.cuba.cu/gobierno/disursos/1967/esp/f181067e.html>

²⁵ Ramiro de Maeztu (1934). *Defensa de la hispanidad*. Madrid: Acción Española.

²⁶ José Vasconcelos (1925). *La raza cósmica*. Madrid: Austral.

criterio nacional, como tendría que hacerlo una sola raza conquistadora, sino con criterio de universalidad y belleza, y tenemos también el territorio y los recursos naturales.

Estas ideas quedaron perclitadas cuando en la segunda mitad del siglo XX, al calor de la globalización económica, que se expresaba en inglés, surgió la conciencia viva de que el español también era una lengua global y de ahí que suministrase potencialmente la base para hacer grandes negocios. Y esto nos lleva a la cuestión del inglés. No es un secreto para nadie que el inglés, la lengua internacional del momento, es la fuente inagotable que surte de términos científicos, técnicos, musicales, deportivos, etcétera, a todas las lenguas de cultura. Basta leer cualquier periódico francés, alemán o italiano para encontrar artículos en los que se lamenta el excesivo número de anglicismos y se propugnan medidas –casi siempre inútiles– para erradicarlos. Puestos a hablar de medidas, los oponentes a la ideología hispanista podrían haber comparado la posición –timorata– de las naciones hispánicas con la cruzada emprendida por el gobierno francés en defensa de su idioma. No lo han hecho; han preferido seguir con la tesis de la ideología idiomática españolista resultante de defensas más o menos apasionadas del idioma, como la de Álex Grijelmo o la de J. Ramón Lodares, a las que fustigan sin piedad, sin caer en la cuenta de que el modelo de estos textos, la *Défense et illustration de la langue française*, de J. du Bellay, se escribió nada menos que en 1549.

Sin embargo, no quiero que el lector se quede con la impresión de que dichos oponentes manipulan la realidad, tan solo la malinterpretan, a mi entender. Y es que lo de la ideología idiomática del español es cierto, solo que su origen es diferente y sus implicaciones también. En realidad, la idea de que el idioma español constituye el fundamento de una comunidad supranacional no la propugnaron primeramente los españoles, sino los hispanoamericanos. Fue con ocasión de los actos conmemorativos del IV Centenario del Descubrimiento de América cuando surgió el concepto de *raza hispánica*, raza que no tendría un fundamento biológico, sino lingüístico, y que se concebía como un crisol de pueblos. Dicho concepto se cargó de contenido político izquierdista y fue reelaborado por los intelectuales agrupados en el Ateneo de la Juventud de Ciudad de México, los Antonio Caso, Leopoldo Zea, Pedro Henríquez Ureña y, sobre todo, Alfonso Reyes. Este último lo expresa como sigue en su *Discurso por la lengua*: «Considero como un privilegio hablar en español y entender el mundo en español, lengua de síntesis y de integración histórica».

Como se puede ver, se trata de una ideología del *melting pot*, paralela a la que por la misma época se desarrolló al norte de río Bravo. La única diferencia es que en Estados Unidos la mezcla de gentes se fundamenta en unos valores (el *American dream*) y en una Constitución, mientras que en Hispanoamérica el cemento de unión lo proporciona el idioma. Pero esto, con independencia de los misticismos románticos que le dieron origen, tiene una base objetiva. Es un hecho que, en la historia moderna de la humanidad, el caso de los pueblos hispanos, el de veintidós naciones que comparten un mismo idioma, resulta absolutamente único. Un idioma propio, entiéndase bien, no un idioma internacional en el que pueden entenderse. Por supuesto que la lengua de intercambio de la Commonwealth es el inglés y la de la Francophonie es el francés, pero todas estas naciones tienen sus propias lenguas maternas. En Hispanoamérica no sucede así: incluso en países con una numerosa base indígena, el sentimiento nacional –en Perú, en México, en Guatemala y con más razón en Argentina o en Colombia– se expresa en español. Y ello convierte a la lengua española en un factor que no se puede dejar de tener en cuenta para las expectativas internacionales de las naciones latinoamericanas, incluido Brasil, que está totalmente rodeado por ellas, e incluido parcialmente Estados Unidos, del que constituyen el patio trasero.

¿Qué cuál ha sido modernamente la actitud de España y de sus intelectuales ante esta situación? A mi modo de ver, el aprovecharla, pero no el cimentarla como ideología imperial. Es sintomático que esta presunta acometida imperial del español tenga su origen en la democracia, sobre todo en el gobierno socialista, y no en el régimen de Franco. En la época del dictador se decían muchas tontorrías sobre la misión espiritual de España (aquellos de la unidad de destino en lo universal), pero casi nada sobre la lengua. El deslumbramiento ante la plataforma –política, económica y cultural– proporcionada por el hecho objetivo de la comunidad de naciones que hablan un mismo idioma es moderno. Y la respuesta, como parece lógico, ha sido la de orientar la acción internacional de España, primeramente, en dicha dirección. A ello han contribuido políticos que promueven foros iberoamericanos de naciones, empresarios que aspiran a instalarse en los países latinoamericanos, escritores y científicos que saben que tienen un extenso campo para la divulgación de sus escritos. No creo que debamos reprochárselo, entre otras razones porque el intercambio se produce en ambas direcciones y España no deja de ser la plataforma de lanzamiento de Latinoamérica en el mercado y en las sociedades del continente euroasiático y del africano.

Con todo, quiero insistir en que el valor económico del español, incuestionable, tiene un fundamento transnacional más que internacional²⁷. El español no tendría la fuerza que tiene sin el concurso de las veintidós naciones en las que es la lengua común, mientras que en el caso del inglés es obvio que los que lo sustentan son la ciencia, la economía, los *mass media*, etcétera. El español se basa en agrupaciones humanas, el inglés en actividades típicas de la modernidad. Estas agrupaciones humanas del español, con independencia de su mayor o menor carácter nacional, comparten una misma cultura y la difunden *urbi et orbi* con el sustento del idioma. De ahí su cercanía funcional a la lengua china. El chino es una lengua estatal manifestada simbólicamente por los ideogramas de su escritura. El español es una lengua pluriestatal expresiva de la cultura que subyace a la veintena larga de naciones que lo tienen como lengua común. Sin embargo, no quiero fijarme en el sintagma *lengua común*, sino en el sintagma *lo tienen*. ¿Tan solo *lo tienen* o hay algo más? Las lenguas comunes vehiculares se tienen, pero las lenguas comunes vivenciales se *mantienen* con un esfuerzo sostenido y consciente. Obstinadamente, con adelantos y retrocesos, sin complacencias, pero también sin dejaciones.

Merece la pena salir por un momento de la dialéctica inglés-español para considerar este último en un contexto más amplio, temporal y espacialmente. Compárese el caso del español con el del arameo, una lengua originaria de Aram (Siria, sureste de Turquía y Líbano) que sustituyó como idioma vehicular al acadio y que fue oficial en Asiria y en el Imperio persa, aunque los arameos nunca tuvieron un poder político reseñable. Su poder también fue simbólico, como el de los ideogramas chinos, pues el arameo suministra la base de los alfabetos hebreo, árabe y fenicio, de donde vienen los eslavos y los latinos. No obstante, toda esta grandeza del arameo, la lengua que hablaba Jesucristo, es hoy un triste recuerdo. La lengua aramea está a punto de extinguirse, según pudo comprobar este lingüista que les habla cuando, comisionado por el Instituto Cervantes, visitó Malula (Siria), una de las tres aldeas en las que todavía hay hablantes. Los arameos tuvieron una lengua vehicular muy extendida hace tres mil años, pero carecieron de la cohesión cultural necesaria para mantenerla. Los habitantes de China hablan lenguas del grupo sínico desde hace tres mil años (los testimonios más antiguos se remontan al 1250 a. C., a fines de la dinastía Shang), pero han podido conservarlas

porque, además, comparten un sistema ideográfico de representación del mundo, el cual les ha permitido mantener sus lazos vivenciales.

¿Y qué decir del español, un idioma que existe desde hace dos mil años? Pues que milagrosamente ha subsistido sin fragmentarse, pese a que las circunstancias exteriores no permitían aventurarlo. Comenzando por su vida privada, la que transcurre en el hogar ibérico peninsular durante la Edad Media, hay que decir que el español, surgido a lo largo del Camino de Santiago, careció de una referencia estatal inequívoca, ya que nos lo encontramos como romance vehicular hablado en tres reinos (Castilla-León, Aragón y Navarra) y como romance vehicular comprendido en otros tres (Portugal, Valencia y el Principado de Cataluña). Cuando a partir de 1492 comienza su vida pública, se produce una tremenda irradiación geográfica que en teoría hacia muy difícil que con el paso del tiempo el idioma virreinal de la Nueva España siguiese siendo el mismo que el del Perú o el de Nueva Granada. Con la independencia política de las naciones hispanoamericanas en el siglo XIX (incomprendible para un australiano, un estadounidense o un ruso), la trama cohesiva llegó a ser todavía más débil, pero ni por esas. Los secesionistas cortaron todo vínculo con la metrópoli, menos el idiomático. Andrés Bello, el filólogo venezolano, amigo de Bolívar, que había redactado una ortografía fonológica para los americanos entre 1823 y 1826, empieza a aplicarla en 1844 cuando es nombrado rector de la Universidad de Chile, pero se vuelve atrás en 1847, cuando publica su gramática, en cuyo prólogo escribe:

No tengo la pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes. [...] Pero el mayor mal de todos, y el que, si no se ataja, va a privarnos a los dos continentes de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es la avenida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros; embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín. Chile, el Perú, Buenos Aires, México, hablarían cada uno su lengua, o por mejor decir, varias lenguas, como sucede en España, Italia y Francia, donde dominan ciertos idiomas provinciales, pero viven a su lado otros varios, oponiendo estorbos a la difusión de las luces, a la ejecución de las leyes, a la adminis-

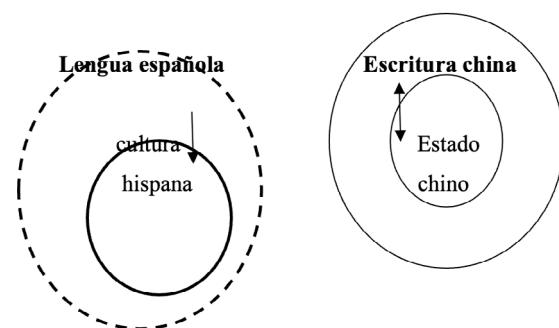
²⁷ Ángel López García-Molins (2021). Lengua internacional/lengua transnacional. A propósito de las políticas de difusión del español. En José Luis García Delgado (ed.). *El español, lengua internacional: proyección y economía* (176-188). Thomson Reuters.

tracción del Estado, a la unidad nacional. Una lengua es como un cuerpo viviente: su vitalidad no consiste en la constante identidad de elementos, sino en la regular uniformidad de las funciones que estos ejercen, y de que proceden la forma y la índole que distinguen.

No era para menos. La idea de conformar la ortografía del español sobre bases fonológicas era antigua (ya aparece en Gonzalo Correas, 1624), pero, en cuanto conlleva el más mínimo peligro secesionista, los filólogos americanos suelen ser unánimes en cortarlo de raíz. Ello ha prestado a la Real Academia Española un plus de autoridad que seguramente no habría tenido en otras circunstancias. Conviene recordar que la norma del inglés estuvo a punto de sustentar dos lenguas diferentes poco tiempo después de que Estados Unidos alcanzase la independencia, cuando el lexicógrafo Noah Webster intentó crear un diccionario que favoreciese el *American English* por razones patrióticas. Es lo mismo que sucedió al sur de río Grande con el español, solo que el Webster sigue siendo el diccionario oficial del inglés en Estados Unidos, mientras que los hispanohablantes de todo el mundo se rigen –con poco entusiasmo, todo hay que decirlo– por la ortografía y por el diccionario de una institución fundada en la metrópoli con el apoyo real un siglo antes de la independencia de las repúblicas americanas.

Esta unanimidad de los hispanos, que han alzado la lengua española como frontera indestructible de su comunidad, es debida a que, pese a distribuirse en una veintena de naciones y a participar en ocasiones de intereses económicos contradictorios, saben y sienten que constituyen una sola cultura y que dicha cultura se expresa en español. Mientras que el sistema de escritura chino constituye una frontera estatal, el sistema de representación simbólica de los hispanos viene a ser una *frontera cultural*. No es lo mismo una frontera estatal que una frontera cultural: la primera es mucho más sólida que la segunda, pero al mismo tiempo resulta mucho más rígida. La frontera que circunda el espacio de la cultura hispana es semipermeable, resulta fácil incorporarse al mismo, pero opone mucha resistencia a la tentación de abandonarlo. No de otra manera habría que evaluar la singular perdurabilidad del judeoespañol o, actualmente, el fenómeno del *Spanglish*, que, desde luego, no es una nueva lengua, sino una práctica conversacional de los hispanos de Estados Unidos, los cuales viven en un ambiente anglohablante, pero logran conservar a trancas y barrancas su vinculación idiomática con el español²⁸. Compa-

rando las comunidades vivenciales del español y del chino, llegamos al siguiente esquema:



Como se puede ver, la diferencia entre el sistema vivencial soportado por la lengua española y el que soporta la lengua china estriba fundamentalmente en su grado de porosidad. El sistema chino, manifestado por una escritura ideográfica, blinda el Estado chino, el cual, precisamente porque dicha escritura puede integrar numerosas variedades de las lenguas sínicas, soporta desde hace siglos una comunidad estable y poderosa. El sistema vivencial del español es completamente diferente. Su frontera suele ser porosa²⁹ e incluye numerosos elementos de las lenguas con las que convive, que no en vano este sistema suele surgir en situaciones plurilingües. Mas la porosidad no es sinónimo de debilidad. Es difícil que los hispanos constituyan una sola nación o que funcionen como una economía unificada sólida, pero su cultura tiene una fuerza atractiva que incorpora constantemente nuevos usuarios más o menos duchos en el manejo de la lengua.

Esto viene de antiguo. No deja de ser curioso que la primera globalización que conoció el mundo fuera precisamente la encarnada por la corona española de los Austrias y por el Imperio chino de los Ming. Permitásemese citar una autoridad poco académica, el director de cine José Luis López-Linares, quien, sin embargo, ha hecho más que muchos estudios para que el gran público conociese el hecho que comentamos³⁰.

A finales del siglo XVI, China concentraba una cuarta parte de la población del mundo y representa-

Observatorio Cervantes de la Universidad de Harvard, 2022 (accesible en línea, también en inglés).

²⁸Véase Á. López García (2010). *Pluricentrismo, hibridación y porosidad en la lengua española*. Madrid: Iberoamericana Vervuert.

³⁰J. L. López-Linares (2022). *España, la primera globalización* (29-30). Barcelona: Penguin Random House. Se trata del libro que recoge los contenidos del documental del mismo título que se estrenó en 2021 y que se convirtió en un gran éxito de público (lo vieron millón y medio de espectadores).

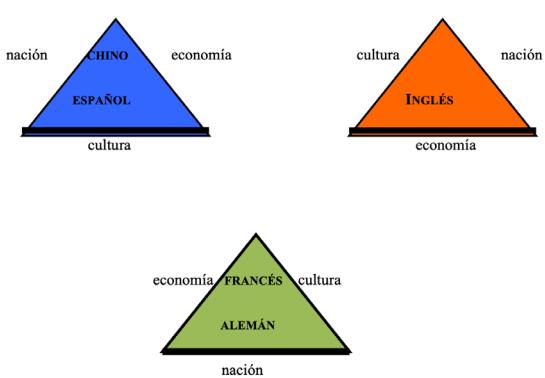
²⁸Me he ocupado de esta cuestión en muchos estudios. El más accesible es *Reflexiones multidisciplinares sobre el espanglish*.

ba un 40 por ciento de la riqueza del planeta. La dinastía Ming gobernaba aquel vasto Imperio. [...] En aquel momento, en el Imperio Ming los impuestos se recaudaban en especie, un sistema poco eficaz para una economía tan desarrollada. En 1580, Zhang Juzheng, el secretario del emperador, planeó modificar el sistema tributario y decidió abandonar el arroz como unidad de recaudación para adoptar la plata. Solo había un problema: China no tenía plata. La solución vino de otro gran Imperio. Uno muy lejano, gobernado desde el otro lado del mundo: la España de los Habsburgo. Los españoles, establecidos en Manila desde 1565, contaban con recursos ingentes de plata provenientes de minas americanas como la de Zacatecas, en Nueva España, o la del Potosí, en el virreinato del Perú. Esa plata, que podía ser trasladada desde su origen hasta los puertos de Filipinas, sirvió para estabilizar todo el sistema tributario del Imperio Ming. La plata desembarcada en Manila era recogida por funcionarios chinos llegados de las costas de Fujian. Así se estableció por primera vez un patrón plata como medio de intercambio, como unidad monetaria.

Esta cultura mestiza de la globalización hispánica –que absorbe con avidez todos los culturemas que le llegan de fuera transportados por las decenas de lenguas con los que viene conviviendo desde que el primitivo romance neolatino del alto Ebro entró en contacto con el euskera, allá por los siglos VIII al X– ha resistido todas las vicisitudes de la historia. Por eso no me sorprende la irritación de muchos hispanohablantes cuando asisten al espectáculo del intento de patrimonialización de lo que es un bien común –la lengua de todos– por parte de algunos intelectuales e instituciones de España.

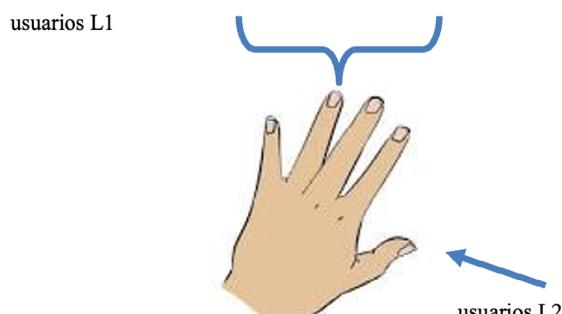
4. Conclusiones

Como se ha expuesto arriba, el alemán o el francés son lenguas fundamentalmente nacionales, con proyección económica y vivencial; el inglés es la lengua de la globalización económica, con proyección nacional y vivencial secundaria; el chino y el español



son lenguas prioritariamente vivenciales, con proyecciones nacionales y económicas añadidas. La situación respectiva de estos tres tipos de lengua mundial se podría representar mediante un triángulo que se apoya en el suelo por tres lados diferentes.

Las tres lenguas mundiales con mayor número de usuarios son el inglés, el chino y el español. Pero hay algo más que un simple conteo. Según los datos de David Fernández-Vitores para el Instituto Cervantes correspondientes a 2023³¹, los hispanohablantes somos 600 millones de personas, lo que representa el 7,5 % de la población mundial, repartidos como sigue: 499.947.796 usuarios con dominio nativo, 76.422.128 con competencia limitada y 23.035.198 como aprendices. Redondeando, esto quiere decir que, de los 600 millones de hispanohablantes, unos cien millones se han incorporado al dominio hispanohablante desde fuera, es decir, que el 16,5 % de los hispanohablantes ha penetrado desde otra lengua en el espacio poroso de la lengua española. Al paso que vamos, no tardará demasiado en alcanzarse la quinta parte: el español será como una mano idiomática en la que el dedo pulgar viene de mundos ajenos y completa a los otros cuatro dedos.



Desde luego, no es necesario ponderar el papel decisivo que ha tenido Internet en este desarrollo. Por ello no sorprende que el español ocupe el tercer lugar entre las lenguas de Internet, tras el inglés y el chino, con un 7,9 %. Pero, incluso sin las redes sociales, el español habría crecido mucho, porque este dedo pulgar, que se opone a los otros cuatro y los complementa, es la esencia del manualismo, una característica exclusiva de la especie humana, igual que el lenguaje.

He aquí la fuerza del español. Tal vez como consecuencia de su forma de nacer, la de koiné vehicular, el español se ha mostrado abierto a las incorporaciones lingüísticas de otras lenguas a lo

³¹ David Fernández Villores (2023). *El español, una lengua viva. En El español en el mundo. Informe 2023*. Instituto Cervantes, McGraw Hill.

largo de toda su historia. Por supuesto que todos los idiomas incorporan préstamos, no estamos ahora hablando de esto. En el caso del español lo que sucede es que su forma de vida habitual son las poblaciones bilingües y, en general, plurilingües. Ocurría así en el alto Ebro, durante la Edad Media, y

en varios Estados de la península ibérica, así como en amplios dominios americanos o asiáticos en la actualidad. El español es una lengua mundial que soporta una comunidad vivencial, aunque no deje de ser reivindicado con argumentos economicistas o nacionalistas, con mayor o menor fortuna.